

5. Debilidad y Poder

E. J. Waggoner

¿Qué es más frágil, más débil y más indefenso que una pequeña brizna de hierba? Sin embargo, ¿alguna vez notó el asombroso poder que exhibe?

Mire ese terrón que se levanta —una masa dura, pesada e impenetrable de arcilla seca. ¿Qué lo mueve tan lenta pero tan seguramente fuera de su camino? Ni un animal, ni siquiera un insecto, ¡solo una pequeña brizna de hierba joven! El terrón es muchas veces más pesado que la hierba, y sin embargo, parece levantarla con la mayor facilidad. Usted no podría hacer que una pequeña raíz de hierba exhibiera tal poder. Podría colocar el terrón sobre ella con todo el cuidado posible, pero sería aplastada contra la tierra por el gran peso. Este prodigo, entonces, debe ser realizado por algún poder que no está en el hombre, y que no está en la hierba misma. La Biblia dice que es el poder y la vida de la palabra de Dios lo que hace crecer la hierba; porque «dijo Dios: Producza la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.» (Génesis 1:11, RVR1960)

Mire la pequeña bellota. ¡Qué indefensa, qué inútil! Pero mire de nuevo. Una vida invisible, un poder maravilloso, rompe la dura cáscara y empuja pequeñas raicillas hacia abajo y diminutas ramas hacia arriba, que crecen y crecen, apartando obstáculos, trepando por encima de barreras y reventando rocas sólidas. ¿Cuál es la vida invisible? ¿Cuál es el poder maravilloso? La vida y el poder de la palabra de Dios; porque «dijo Dios: Producza la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.» (Génesis 1:11, RVR1960)

Aunque son dos de las cosas más débiles e indefensas que existen, ¡qué milagros de fuerza se convierten la hierba y la bellota cuando su debilidad se une al poder de la palabra de Dios! De igual manera, contemplamos al hombre. ¿Débil? Sí, tan débil como la hierba y tan indefenso. «El hombre, como la hierba son sus días; Florece como la flor del campo,» (Salmos 103:15, RVR1960), «Porque: Toda carne es como hierba, Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae;» (1 Pedro 1:24, RVR1960). Su vida, «cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se

aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece.» (Santiago 4:14, RVR1960). Indefenso, completamente indefenso en sí mismo, incapaz de cuidarse ni un solo momento, incapaz de resistir la más mínima tentación, incapaz de hacer una sola buena obra.

Pero mire de nuevo. Un poder invisible se ha apoderado de él, una nueva vida lo ha animado, y he aquí, él ha «que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros.» (Hebreos 11:33-34, RVR1960) En aquello en que era débil, ahora es fuerte; donde antes habría temblado y caído, ahora permanece inconmovible como una casa edificada sobre una roca sólida.

¿Cuál es este poder invisible? ¿Cuál es esta nueva vida? Es la vida y el poder de la palabra de Dios unidos a la debilidad del hombre. Es la vida y el poder de Dios mismo, porque Dios va con Su palabra «os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.» (Hebreos 13:21, RVR1960) «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» (Filipenses 2:13, RVR1960)

El hombre solo, sin la Palabra en él, es como una casa edificada sobre la arena. No hay nada que lo sostenga cuando vienen las inundaciones y soplan los vientos. Le es completamente imposible resistir la tempestad, porque no tiene fuerza en sí mismo.

Pero Dios está dispuesto a tomar al hombre más indefenso que haya vivido, si este se somete como la hierba y la bellota, y obrar a través de él de la manera más maravillosa por Su poderosa palabra. Él ama hacerlo. «Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.» (1 Corintios 1:27-29, RVR1960)

Él dice: «Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.» (Mateo 7:24, RVR1960) Entonces, quien recibe la palabra de Dios en su corazón y la cumple, ha edificado sobre roca inamovible. Pero Jesús mismo está en la palabra, y es la Palabra (véase Juan 1 y Juan 6), por lo tanto, recibir humildemente la Palabra trae a Jesús al corazón para obrar. Por consiguiente, la obra del

hombre es someterse y recibir, y Jesús, la Palabra viviente, provee todo el poder y hace toda la obra a través del hombre, si este se lo permite.

No es suficiente que un hombre se una a otro hombre que está unido a Cristo. Cada hombre por sí mismo debe venir a Cristo la Palabra como a una piedra viva, y edificar sobre Él. Entonces se convierte en una piedra viva, porque participa de la vida del Cimiento viviente. Él y el Cimiento crecen juntos hasta que él es parte del Cimiento, y el Cimiento es parte de él. ¿Es de extrañar, entonces, que tenga fuerza y que pueda permanecer incombustible a través de todas las tormentas y tempestades de la vida?

Entonces, cuando miramos la hierba y nos damos cuenta de nuestra fragilidad y nuestra indefensión, no nos desanimemos, sino más bien levantemos nuestros ojos con gratitud al cielo y alabemos a Aquel Poderoso que puede tomar a la más débil e indefensa de Sus criaturas y, por Su palabra, fortalecerla «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad;» (Colosenses 1:11, RVR1960)

PT, 12 de octubre de 1893